

Carta sobre los sucesos de Chile en 1859*

LOS sucesos que se desenvuelven hoy en esta República hermana, se presentan con un carácter atroz. Un gobierno que ha perdido de tiempo atrás el apoyo de la opinión pública, y que ha provocado con sus atentados a un pueblo laborioso y pacífico a tomar las armas para derrocarlo, es el espectáculo que hoy ofrece la República chilena. Pero el gobierno cuenta con un ejército numeroso y bien disciplinado, y con el apoyo de éste, pretende sojuzgar el movimiento de la opinión y la acción de los pueblos. La lucha ha sido terrible: los sicarios del gobierno se han manchado con crímenes atroces; y el gobierno mismo autoriza los asesinatos jurídicos y los tormentos de sus víctimas.

La correspondencia que sigue, da una idea bastante completa de todos estos sucesos.

Santiago, marzo 11 de 1859.

De algún tiempo a esta parte la política ha tomado un aspecto funestísimo en este país. Chile, que había alcanzado tiempos inmensamente más felices que los que van corriendo desde la exaltación de Montt al poder, Chile, repito, sufre ahora el dominio de una dictadura completamente militar, y ve sus campos regados con la sangre de infinitos ciudadanos sacrificados por la soldadesca en aras de las ambiciones del Presidente Montt. Toda la nación, de norte

a sur, de este a oeste, se ha pronunciado contra Montt, pero el ejército le ha permanecido fiel. La presente revolución ha sido la guerra de los paisanos contra los soldados. Desgraciadamente, mientras el gobierno cuenta con el apoyo de las bayonetas sojuzgará al país. Esta es mi convicción profunda. Las ideas sin las armas nada pueden.

Se ha visto sucederse una serie de revoluciones populares, en que el triunfo ha quedado a veces por el pueblo y a veces por el ejército, pero al fin éste, obrando bajo el imperio de la unidad de acción, y contando con armas, municiones y demás elementos de que carecía el pueblo, ha triunfado en casi todas partes.

Copiapó fué el primer pueblo en sublevarse. Su jefe don Pedro León Gallo puso sobre las armas mil cuatrocientos hombres y montó cuatro piezas de artillería. Con esas fuerzas, compuestas en su mayor parte de paisanos, que por primera vez tomaban el fusil, atacó y deshizo a las tropas de línea que el gobierno despachó contra él. Desde entonces el gobierno dejó aquella provincia en manos de los sublevados, para contraer todo su ejército al centro y sur de la República.

Al saber la primera noticia de la revolución de Copiapó, el gobierno se abstuvo bien de divulgarla, pero comenzó a tomar sus medidas para impedir que cundiera la revolución. Con este objeto, apresó más de

* Entre los papeles del archivo de Barros Arana, que su respetable nieta, la señora doña María Inés Barros Valdivieso de Servoin, puso a nuestra disposición, encontramos impreso en una hoja, tamaño folio, impresa por un solo lado y a cuatro columnas, la pieza que a continuación reproducimos impresa con este título: *Suplemento de la Reforma Pacífica, N.º 681*. El lector observará que la fecha de esta "carta-correspondencia" es de Santiago, del 11 de marzo de 1859. Entonces Barros Arana no se encontraba en Chile, y habíase expatriado como consecuencia de los sucesos políticos del país, y, muy especialmente, de los que le afectaron con el allanamiento de su hogar y de la imprenta en que editaba el diario de violenta oposición *La Actualidad*, en diciembre de 1858, en que el gobierno de Montt fué investido de facul-

tades extraordinarias. Barros Arana pasó primero a Mendoza, después a Rosario y luego a Buenos Aires. Sin duda, para dar a su relato el carácter de un testimonio directo, fechó la carta en Santiago. Los originales, escritos por el historiador, que se encuentran adjuntos al impreso, de su puño y letra, tienen la fecha indicada. Es incuestionable que la base de la narración de Barros Arana fué la carta que Gregorio Víctor Amunátegui le escribió desde Santiago, el 28 de febrero de 1859, porque su contenido es el mismo. Esta carta se encuentra reproducida en el estudio de Amunátegui Reyes sobre la correspondencia de los hermanos Amunátegui que publicamos en este mismo número de los *Anales*, donde aparece con la signatura de 15. Remitimos al lector a ella.—Guillermo Feliú Cruz.

cuatrocientas personas de distinción, que pudieran acaudillar los movimientos revolucionarios o reunir, al menos, los elementos para la futura sublevación. Con esta sola medida, la revolución se iba a encontrar sin el auxilio que podían prestarle esos hombres.

Sin embargo de esto, las revoluciones comenzaron a hacerse sentir. La ciudad de Talca se sublevó y proclamó por jefe a un señor Vallejos, antiguo profesor del Instituto Nacional de Santiago, que ha desplegado el talento de un verdadero militar y el valor de un héroe. Por falta de elementos militares, no pudo armar más que 600 hombres, pero con ellos pudo resistir durante mes y medio a 3.000 soldados de línea, con armas y artillería de toda clase, que mandaba el general don Manuel García. Esta defensa, al paso que han probado los talentos de Vallejos, ha sido una pobre muestra de la inteligencia militar de García. Los actores en aquel drama, por una y otra parte, no cesan de recomendar la torpeza maravillosa del general sitiador para no tomar una medida de mediano acierto, y para presentar al enemigo millares de oportunidades de atacarlo o resistirlo con ventaja. Vallejos se aprovechó con maña de esas oportunidades, y prolongó durante mes y medio un sitio que, a haber tenido por enemigo a un militar menos torpe que García, habría durado apenas una semana. El sitio no terminó tampoco por efecto de las medidas tomadas por los sitiadores. Cuando éstos vieron que habían fracasado los otros movimientos revolucionarios, y cuando su jefe, gravemente herido de un balazo, estaba próximo a expirar, entonces y sólo entonces, se resolvieron a evacuar la plaza, dejando a García por único trofeo de su victoria el local que habían ocupado poco antes. No quedó en su poder ni un solo prisionero, si se exceptúa al valiente Vallejos, que casi moribundo se opuso tenazmente a que sus compañeros lo sacaran de la plaza. El general García dice, en su parte al gobierno, que Vallejos no ha querido confesarse a pesar de estar moribundo y de haberle ofrecido los auxilios necesarios. Esto es inexacto: García no quiso darle otro confesor que el fraile Sevilla, intrigante conocido, que despertó en Vallejos la sospecha de que se le quisieran arrancar declaraciones que comprometieran a sus compañeros de armas.

En las provincias de Ñuble, Maule, Concepción y Arauco, ha habido combates terribles entre el pueblo y la tropa de línea,

en que ésta ha alcanzado siempre el triunfo. Los revolucionarios han muerto a centenares y esto no es extraño, pues combaten sin armas. Muchos han atacado las trincheras, porque las ciudades han sido fortificadas por el gobierno, armados sólo de palos o de picas. Ningún soldado de línea se ha defecionado. En las provincias mencionadas, sin embargo, los agentes del gobierno se han visto reducidos sólo a las capitales, donde se han encerrado con la tropa veterana. Naturalmente, los paisanos nada han podido contra los fusiles, los cañones y las trincheras. Se han batido con un valor sobrenatural, pero al querer atacar una ciudad, mal armados y apenas organizados, recibían el fuego horrible de la tropa de línea que se ocultaba detrás de las trincheras, o en las ventanas, balcones y tejados de las casas.

En Rancagua se repitió este mismo drama. Don José Miguel Carrera atacó a la ciudad con una partida como de 300 paisanos, una parte de los cuales únicamente tenía armas, pero fué rechazado. La gente indisciplinada que mandaba no podía nada contra la tropa veterana, que se defendía en los campanarios y tejados de la ciudad.

En Aconcagua, el movimiento ha tenido un carácter diverso. El pueblo se sobrepuso a las autoridades y se dió por jefes a algunos vecinos apreciados y respetados por su fortuna y por su posición social. Eran éstos don Luis Ovalle, rico hacendado de la provincia, y don Joaquín Oliva, antiguo oficial de los ejércitos de la Independencia. Una partida de paisanos armados, capitaneados por don Benicio Alamos González, abogado y literato distinguido, cayó sobre el pueblo de Putaendo, y lo ocupó después de un reñido combate con una partida de tropa que se hallaba allí. Ovalle alcanzó a armar como 600 hombres, con los cuales se proponía defender el pueblo de San Felipe contra los ataques de la tropa veterana.

En efecto, una división como de mil soldados de línea, mandada por un edecán Mardones, salió de Santiago contra los revolucionarios de Aconcagua. En el primer ataque fueron batidos por los defensores de San Felipe. El gobierno remitió un refuerzo de 400 hombres con otro de sus edecanes, un mayor Valdés, con encargo de tomar la ciudad a todo trance. El ataque fué dado en esta forma: se incendiaron las casas para destruir las posiciones que ocupaban los sitiados, y cuando éstos se halla-

ban amagados por el fuego, y confundidos por los peligros de todo género que lo rodeaban, la tropa de línea entró al pueblo haciendo en todas partes los mayores destrozos. No se hacían prisioneros, se ensartaban en las bayonetas a todos los hombres que se encontraban en el camino. En esos momentos supremos se habían armado hasta las mujeres y los niños para contener aquellas bandas feroces de asesinos, y las mujeres y los niños fueron incluidos en la matanza. El valiente Oliva fué asesinado en una trinchera, después de ocupada por la tropa de línea. Alamos González, después de hacer esfuerzos indecibles, salvó de la matanza gracias a la velocidad de su caballo; pero llevaba una herida de bala que puede ser mortal. Hasta ahora no se sabe nada de él. A la ocupación de la ciudad se siguieron dos horas de saqueo, que fué acompañado de escenas horribles. El mismo gobierno quedó asustado de la matanza. No se atrevió a publicar el parte de Valdés con aquellos horrores. El espanto de Santiago ha sido increíble. Los mismos ministeriales, esto es, los empleados, quedaron aterrados. A los muchos días vino el gobierno, para calmar algún tanto la agitación, a publicar el boletín que, evidentemente, corrigió, y donde se guardó bien de expresar el total de los muertos por parte de los revolucionarios y de dar cuenta de los horrores de la jornada; pero de la lectura de ese boletín como de los artículos de la prensa, que por ser toda oficial está interesada en ocultar la verdad, se deja ver cuáles fueron los atentados con que se consumó la ocupación de San Felipe. Con el tiempo se recordarán estos horrores vinculados al nombre de Montt para execrarlo.

El gobierno quiso acuartelar la guardia nacional para hacerla servir en Santiago, a fin de sacar una parte de la tropa veterana que guarnecía la ciudad. Por la fuerza, logró reunir gente en uno de los cuarteles cívicos, pero ésta se sublevó, limitándose a dar gritos y a dirigir pedradas por carecer de armas: la suspicacia del gobierno lo había impelido a retirar el armamento de antemano. Los amotinados, sin embargo, asaltaron una guardia y tomaron cinco fusiles. La ciudad se cubrió de individuos inermes que gritaban contra el gobierno a voz en cuello; pero Montt cubrió de soldados los balcones y ventanas de La Moneda y el cuartel de granaderos, que está enfrente del palacio, y los guardias nacionales no se atrevieron a atacar, porque eso

habría sido marchar a una muerte segura sin contar con armas para resistir. Mientras tanto, la tropa de línea, el Buin, Cazadores a caballo, el 7^o de línea, policiales y granaderos a caballo atacaron y dispersaron a los amotinados, tomando unos cien prisioneros. Habiendo tirado una piedra un niño de doce años al comandante Aguilera, éste lo tomó y le hicieron dar cuatrocientos azotes en la plazuela de La Moneda, por la sola orden de Montt. El Presidente y su familia presenciaron el sacrificio desde los balcones del palacio. El muchacho ha muerto pocos días después, en medio de los dolores más horribles y de las lágrimas y lamentaciones de su madre y familia. La sangre de esa criatura ha de caer algún día, gota a gota, sobre el corazón de Montt.

Las partidas de paisanos del sur, entre tanto, sufrían los efectos de su desorganización. Una de ellas fué atacada por un cuerpo de tropa veterana en Chocóa, pero los paisanos, y entre ellos los señores don Pedro Ugarte, don Juan Antonio Pando, don Luis Tagle, don Gregorio Las Heras, Silva, Urrutia y otros hombres caracterizados, resistieron mientras fué posible. El mayor número y el mejor armamento lo hizo todo: los paisanos cayeron prisioneros. La soldadesca y aún sus jefes los despojaron del dinero que llevaban en sus bolsillos, los desnudaron y los hicieron marchar así hasta Talca. Cuando fueron presentados al general García, no tenían más ropa que la camisa y los calzoncillos; hasta las medias les fueron robadas. El general García, que antes de ahora había recibido mil beneficios del señor Pando, y que estaba ligado con los vínculos de la amistad con muchos de los prisioneros, los hizo marchar en el mismo estado de desnudez hasta Curicó, en donde fueron socorridos con ropa. Ahora se hallan presos en la penitenciaría de Santiago, y han sido condenados a muerte, empleando para ello todas las irregularidades imaginables.

En medio de tantas desgracias para la causa del pueblo, cuando la tropa vencía en todas partes, sólo el pueblo no se dejaba sojuzgar ni abatir. En Valparaíso había una respetable fuerza de línea, y la suspicacia del gobierno había privado a la población de todos los hombres que pudieran acaudillar un movimiento. Había en los cuarteles más de 600 veteranos, y en un pontón anclado en la bahía se hallaban presos más de cincuenta que, por su fortuna, su talento o su energía, gozan de prestigio en aquella ciudad, y a quienes habría

seguido el pueblo. Sin embargo, el movimiento estalló el 28 del pasado febrero. Grandes masas de gente cargaron sobre la plazuela del antiguo edificio de la Aduana, en donde está ahora situado el despacho de la Intendencia. El pueblo se proponía tomar por asalto este edificio, ya que la tropa que lo guarnecía cerraba las puertas y se preparaba a defenderlo desde las ventanas y balcones. El combate se trabó, pues, con grandes desventajas para el pueblo. La tropa de línea hacía un fuego horrible de fusilería, y descargaba sobre los grupos de gente indefensa granadas de mano, que iban a reventar en medio de esos grupos. Allí perecieron infinitos hombres del pueblo y bastantes jóvenes decentes, manifestando todos un valor extraordinario. A pesar de tanta contrariedad, el pueblo comenzó el asalto del edificio y lo habría llevado a cabo a no haber llegado un batallón de infantería en auxilio de los sitiados. Rompió éste su fuego sobre el flanco de los asaltantes, mientras que caían sobre ellos balas y granadas que vomitaban los balcones. El pueblo siguió, por fin, desorganizado y tuvo que retirarse en completa dispersión. Algunos hombres, sin embargo, que habían podido proveerse de fusiles en una armería, hicieron grandes estragos en las filas de sus enemigos.

Aparte de los montones de cadáveres, el gobierno recogió algunos prisioneros en esta jornada. Uno de éstos, don Abelardo Villar, tipógrafo de profesión, fué juzgado en la misma noche por un Consejo de Guerra, sentenciado a muerte y ejecutado en la mañana siguiente. El procedimiento empleado para esto asemeja un verdadero asesinato. Se ha arrebatado a los reos el derecho de apelación de súplica ante el Consejo de Estado que la Constitución les asegura, bastando sólo que el Consejo de Guerra pronuncie su sentencia para que el Comandante General de Armas le mande ejecutar. Téngase, además, presente que esos consejos de guerra son organizados para cada caso particular, y que se pone en ellos oficialillos de poca graduación que sentencian cada vez que lo quiere el gobierno. De esta manera, se corrompe la práctica de la administración de justicia, y se satisfacen las venganzas de los hombres del poder, creyendo éstos que quedan eximidos de toda responsabilidad.

El gobierno continúa ejerciendo sus venganzas, no sólo contra los ciudadanos que tomaron parte en los movimientos revolucionarios, sino también contra todos aque-

llos a quienes apresó por simple precaución, y que han pasado presos todo el tiempo que ha durado la revuelta. Ha enviado a Magallanes, en un buque llamado "Olga", a los señores don Roberto Souper, don José Antonio Torres, don Ramón García, diputado al Congreso, don Ramón Lara y don Salustio Cobo, sin darles tiempo para que lleven cama ni ropa y, lo que es peor, sin avisarles siquiera cuál es el término de su viaje. En esta misma forma, se ha embarcado en una barca ballenera inglesa "Luisa", a los señores don Manuel y don Guillermo Matta, don Angel Custodio Gallo y don Benjamín Vicuña Mackenna, guardando con ellos el secreto acerca de su destino. Después de la salida del buque, se ha sabido que llevaba rumbo a Liverpool.

Se cuentan otros muchos rasgos de venganza del gobierno y sus agentes y el asesinato alevoso de un joven Urrutia, perpetrado en la cárcel de Linares. Estos hechos atroces han dado por resultado el que ya no haya indiferentes en política. La nación entera se ha pronunciado ya contra Montt: ella está en un platillo de la balanza; en el otro se encuentra el gobierno, con los empleados, con los caudales públicos y con el ejército, que pretenden imponer al país. El tiempo dirá, en breve, si con estos elementos se puede sojuzgar la nación chilena.

Jamás podrán Uds. imaginarse hasta dónde llega el aislamiento del gobierno y su falta de prestigio; pero pueden comprenderlo echando una mirada sobre las listas de presos, de desterrados y de perseguidos. No hay familia alguna en este país, de fortuna o de posición social, que no tenga varios miembros en las listas de proscripción. Preguntad por todos los hombres distinguidos en la carrera de las letras, en el foro, en los Congresos, en la industria, en el comercio, y, en fin, en todas las esferas de la actividad humana, y os encontraréis que todos ellos están presos, procesados o perseguidos. Los empleados o los negociantes en política han quedado al lado del gobierno.

A Montt no se le oculta, empero, la situación y, por eso, se ve en la necesidad de buscar elementos propios para organizar un partido. Su prensa ha alzado el grito contra los hombres acaudalados, amenazándolos con la actitud del gobierno, y pidiéndoles que salgan del país. Montt quisiera perpetuarse en el poder, aunque fuese revolviendo la sociedad y elevando a la chus-

ma sobre los hombres de fortuna. Pero sus escritores predicán en desierto; por más esfuerzos que hagan no han de conseguir que el círculo del gobierno se extienda más que a los empleados y a la soldadesca.

Las últimas noticias relativas al estado de la revolución, dan a Gallo a la cabeza de mil y tantos hombres y cuatro piezas de artillería, de la división revolucionaria del norte, al frente de La Serena, que está defendida por mil y quinientos infantes de línea mandados por el ex intendente Silva Chávez. A la fecha debe haberse empeñado el combate.

Sobre su resultado se hacen conjeturas de todo género. La verdad es que Gallo ha disciplinado perfectamente esa tropa y la ha enorgullecido con el triunfo alcanzado en Copiapó sobre la otra división que mandaba el mismo Silva Chávez. Agrégue-

se a esto que Gallo, a quien le sobra el arrojo, está interesado en atacar a su enemigo antes que reciba refuerzos, para caer así sobre una ciudad que lo ha de recibir con los brazos abiertos y le ha de proporcionar recursos de todo género. Si Gallo consigue eso, puede casi asegurarse el triunfo de la revolución. El gobierno, por otra parte, no puede contar con sus tropas del sur, porque, tras de quedar allí a pie algunas bandadas de paisanos, a quienes no pueden dar alcance sus soldados, el día en que moviera los cuerpos de línea para atender al norte, ese día se sublevaría todo el sur.

La revolución, pues, no está terminada. Aun cuando Montt venciera las dificultades de la situación actual, en breve, nuevos movimientos vendrán a turbar su gobierno.